

Miércoles VII de Pascua



15 de mayo de 2024

Hech 20,28-38

Sal 67

Jn 17, 11-19

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Evangelio¹, Jesús se dirige a su Padre como «Padre santo». En la Sagrada Escritura, «santo» significa originalmente «separado», y conserva este sentido en cuanto que el Padre se distingue del «mundo», del sistema del pecado y de la muerte, y se opone a él. Pero «santo», es, al mismo tiempo, una cualidad que significa actividad: «santificador», es decir, el que atrae a su esfera, separando del mundo del pecado. «Santo» es, pues el separado y el que separa. Pero, como bien dice Jesús, la calidad de su Padre de ser «santo» no lo retira, ni lo separa de nuestra realidad humana, con todo lo que ella es, sino que, por el contrario, lo hace intervenir en ella. Si el ser del Padre es el amor fiel e indiscriminado, su actividad como «santo» consistirá en manifestarlo, haciendo que el hombre salga de la esfera del pecado y de la muerte.

Entonces, Jesús pide al Padre que nos mantenga unidos a su persona; pero no existe unión con el Padre independiente de la unión con Jesús, que es lugar de su morada². **Él sabe que la única garantía de unión con el Padre es la unión con él**, y pide al Padre que asegure la adhesión de los discípulos a él mismo, la única vid, la verdadera, el único lugar de encuentro con el Padre, su Morada.

Este ruego de Jesús cumple lo que él había dicho anteriormente, cuando dijo aquello de: «yo le rogaré al Padre y os dará otro valedor que esté con ustedes siempre, el Espíritu de la verdad». Lo que entonces expresaba como don del Espíritu, Jesús lo dice ahora como presencia personal del Padre. La unión de cada uno de nosotros con el Padre se realiza por la comunicación de su Espíritu, que, al crear la relación de amor con el Padre, lo hace presente y nos mantiene en el ámbito de su presencia.

Y es entonces cuando aparece el objetivo de la oración de Jesús: «para que sean uno como lo somos nosotros». Esto es lo que busca Jesús que lo desarrollará más adelante. En efecto, luego dirá: ser todos uno —como el Padre está identificado con Jesús y él con el Padre—, para que también, nosotros, sus discípulos lo estemos con ellos y el mundo crea³; ser uno como lo son el Padre y Jesús —Jesús identificado con nosotros y el Padre con Jesús—, para que quedemos realizados alcanzando la unidad⁴. Y para alcanzar este objetivo pide Jesús la protección del Padre, que no consiste en sacarnos del mundo, sino en protegerlos del Perverso.

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

² Recordar cómo Jesús (en 2,19-21), a la hora de hablar del Templo, su destrucción y reconstrucción, había hablado de que él mismo es el Santuario de Dios, la Morada de Dios, la Casa de Dios.

³ Cfr. 17,21

⁴ Cfr. 17, 22 ss

«El Perverso», «el Malo» es una nueva denominación de «el Enemigo», «Satanás», el dios-dinero, principio inspirador del sistema de injusticia. Él ha hecho de Judas un enemigo, un ladrón, un mentiroso y homicida, llevándolo a la muerte definitiva. El Malo es quien inspira el modo de obrar perverso propio del mundo injusto. Ceder a la ambición y al deseo de provecho personal, que son los antípodas del amor al hombre, llevaría a los discípulos a ser cómplices de la opresión; sería el fin de la comunidad de Jesús, que se habría pasado a las filas del «mundo». ***Nada peor podría suceder al discípulo de Jesús: ostentar, por un lado, el nombre de Jesús y, por otro, ser solidario de la injusticia***, en connivencia con los poderes que dieron muerte a Jesús.

Hasta ahora, ha sido Jesús quien ha hecho presente al Padre en la tierra. ***En lo sucesivo será la comunidad unida la que muestre la existencia del amor fiel e indiscriminado***. Jesús va transmitiendo a la comunidad sus propios atributos: él ha sido la manifestación de la gloria-amor del Padre; ***ahora será la comunidad***, con su unidad perfecta, la que la manifieste. Jesús, el Hijo único, ha dado a los suyos la capacidad.

La comparación que hace Jesús de la unidad de los discípulos con la que existe entre él y el Padre elimina toda idea de dominio; se trata de la unidad de amor que identifica y compenetra. El objetivo de la oración de Jesús es que exista la unidad, es decir, que sea realidad su alternativa y exista en medio del mundo la prueba visible del amor de Dios al hombre.

Jesús llega al punto culminante de su oración: « [Padre santo]...*santificalos, (conságralos) en la verdad. Tu Palabra es la verdad*». Aquí los términos «santificar» y «consagrar» están emparentados. Jesús pide al Padre que consagre a los discípulos de manera semejante a la suya: «*yo me he consagrado por ellos*». La consagración de Jesús se ha hecho por el Espíritu que permanece sobre él. Pero el Espíritu Santo es, al mismo tiempo, el Espíritu de la verdad⁵; existe, pues, una relación estrechísima entre consagración y verdad; Jesús la enuncia en este pasaje.

El Espíritu es la vida, es el amor del Padre, es principio de vida; al ser comunicado al hombre, lo hace nacer de nuevo, dándole el amor que responde al de Jesús: porque la esencia del Espíritu Santo es ser “engendramiento”; si la fecundidad del padre engendra a Jesús en nuestros corazones, el Espíritu Santo es el mismo engendramiento. El Espíritu produce una nueva experiencia de vida que, en cuanto percibida y formulada, es la verdad. «*La verdad*» es, por tanto, la realidad de Dios en Jesús, su amor sin límite, conocido por experiencia es la vida eterna de que hablaba al comienzo de su oración⁶. Ese amor, en cuanto recibido, es el Espíritu. «Consagrar en la verdad» significa, por tanto, comunicar el Espíritu que hace descubrir la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Jesús pide, pues, que su comunidad participe de lo que es propio suyo: pide al Padre que seamos engendrados en el Hijo, en él mismo, por el Espíritu Santo.

⁵ Cfr. 14,17; 15,26; 16,13

⁶ «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*» (17,3)